

Yo le pregunto a Dios.

¿Dónde esta mi padre?

¿A dónde se ha ido?

¿En que punto de su extraviada y perdida mirada me encuentro con la filigrana de las seducciones infinitas?

¿Dónde entona su canto?

Yo su hijo te pregunto por las trazas desdibujadas de su semblante aguerrido.

Te pregunto por su impostura de galán de opereta, por la mascarada de un casanova encanecido o aunque sea por el discurso envolvente de un Don Juan que hace cabriolas en el aire de modo poco vigoroso.

Te pregunto acerca de dónde esta mi padre porque lo he buscado en las esquinas de un andar lentificado, en la modorra de su somnolencia estuporosa, en sus ausencias cada vez más frecuentes, en sus omisiones y cada vez más frecuentes confusiones.

Lo he querido encontrar en las infrecuencias de su olvido y te lo juro Dios que aunque redoblo mis afanes, no lo encuentro.

Se me ha perdido el padre y no existen oraciones para su retorno, talvez porque aunque ausente se encuentra demasiado cerca.

Lo que duele Dios mío es esa ausencia que su presencia inscribe.

Cuando estoy a su lado siento que no estoy con él.

Me rebelo entonces a las parodias y a las metáforas de enhebrar la vara mágica de las mentiras y hacerle trampa al dolor que su ausencia me genera.

¿Dónde esta su trinar de pájaro?

En vano me he dormido en mi dormitorio vecino soñando que su canto de óperas gastadas por el tiempo me despertaba un domingo de otoño.

No lo escuche Dios mío.

Sólo me mortificó el silencio de una voz muda y ausente.

¿Me lo robas los domingos para que te cante en medio de un coro de ángeles?

¿Tú te cautivas del mismo modo con la familiaridad de su canto?

De seguro te visita con su traje blanco y sombrero caído emulando a Fitzcarraldo, a un tenor de la época, a un conde de tierras ignotas, a un galán de las otrora esplendorosas calles de Valparaíso.

De seguro aparece con su paso a medias ladeado marcando el paso con sus zapatos bicolor recién repasados de blanco.

¿Señor lo has escuchado de veras?

De seguro que en la acústica cósmica del cielo sus notas de tenor rompen el aire.

Déjame creer que se ha ido a cantar a mejores escenarios que los nuestros.

Que lo aplaude una muchedumbre de ángeles.

Que esperan su canto como yo lo esperé en silencio tantos domingos.

Que lo escuchan detrás de la puerta con un escondido orgullo como yo lo hacía de niño detrás de la puerta.

Dime señor porque yo no lo escucho.

Se me perdió su canto.

Se me perdió mi padre.

No puedo hacer de mi desconsuelo canto.

¿A dónde partió Dios mío?

¿Dime donde esta mi padre?

¿Por qué te llevaste su canto?

Ese padre mío, el que recuerdo, el que añoro, esta demasiado presente como para poder recordarlo y demasiado ausente para poder escucharlo.

Si me ves triste a veces, pocas veces sentarme a su lado y contener las lágrimas quiero que sepas que es simplemente porque no lo encuentro.

Simplemente se me ha perdido .

Se me ha perdido mi padre , de seguro se ha ido junto al brillo perdido de su mirada.

Dios mío escúchame.

¿Yo le pregunto a Dios a donde se ha ido mi padre si en el paraíso sólo lo invitas el domingo?

Sólo te pido que me lo devuelvas.

Mas bien dime : ¿Cuando no canta en ese espacio cósmico ¿donde se va cuando no te visita los domingos en la inmensidad cósmica de tu escenario infinito?....sólo dímelo para de ese modo no olvidarlo.

Alex Droppelmann Petrinovic

Psicólogo Clínico - Psicoanalista
